LA JUVENTUD Y MIGUEL HERNÁNDEZ

Por
JOSÉ LUIS ESPARCIA

La juventud es una constante en el desarrollo vital y poético de Miguel Hernández. Es una constante en sus diferentes aspectos: infancia que madura hacia juventud vertiginosamente, juventud que se arraiga en sus aspectos físico y espiritual con ansia y fuerza inusitadas, y juventud que se eterniza por mor de una muerte joven, que, a tenor de las versiones sobre la agonía y el fallecimiento del poeta, visitó sus galas más juveniles, galas de lozanía inexorablemente seductora.

La primera juventud, aquella que se abre entre la ampulosidad sensorial de la vega oriolana, ubica a nuestro poeta en el camino de un aprendizaje de esos primeros pasos que van a orientar las constantes en la concepción poética y a desvelar, como es lógico, experiencias que en su desarrollo darán lugar a un Miguel Hernández de ya insuperable vocación de espiritualidad, sensualidad y energía vital ante la visión y la influencia de su tiempo. Es, por tanto, lógico hablar del Miguel Hernández aprendiz del joven que siempre sería, y sobre todo de la bellísima consecuencia poética de este aprendizaje: determinadas imágenes de «Las desiertas abarcas» no nos llevan a la bisoñez de los quince años, sólo el espíritu del poema delatan al Miguel Hernández de esta edad, que constata su aprendizaje tomando conciencia, con indiscutible madurez, de un presente helado de pobreza al que dirigir el vigor que le delatará espiritualmente.

Este aprendizaje no es sino toma de contacto, reflexión necesaria sobre cuanto es nuevo, sobre cuanto se presenta a los ojos del muchacho como incitación primera.

Miguel Hernández ofrece, como ningún otro poeta, a todo estudioso la gran posibilidad de una obra convertida en uno de los más perfectos y clarificadores diarios poéticos conocidos. Así en este aprendizaje primero están marcadas las huellas de unos pasos nada diferentes de los de cualquier otro aprendiz de joven, pero cuya aparente normalidad sucumbe ante la exuberante sensibilidad de una expresión fruto también del aprendizaje, en este caso claramente alejado de lo que era normal en un joven campesino de la época, me refiero al acceso a los libros que a través de Don Luis Almarcha tendría a su disposición. Y él lo convierte todo en experiencia ornamental: Descubre la pobreza y él la convierte en «abarcas vacías y desiertas»; descubre el delito travesura robando, junto a otros muchachos, aguacates en el huerto de los jesuítas, y lo convierte en la inocente prosa poética neogongorina «Robo y dulce»; conoce la muerte en la carne de su «Hermanita muerta» y la convertirá en un «diamante fino»; conoce la dureza del trabajo y la convierte en «una escala para ver más cerca a Dios»; conoce el despertar del sexo y toma conciencia en su «Adolescente». La realidad es ya experiencia fértil en el muchacho y virtuosidad en el poeta. El joven Miguel Hernández está a punto de comenzar, sin ser consciente de ello, un magisterio ejemplar sobre muchos jóvenes. Está a punto, a raíz de su segundo viaje a Madrid, de ser testigo, protagonista y transmisor de acontecimientos individual y socialmente decisivos. Su habitual visión poética del presente y de lo por venir; la transparente inocencia con que acude a resolver las situaciones, acuñarán

las dos imágenes y su correspondiente transición: el Miguel Hernández que aprende la juventud comienza a dar ejemplo, su comportamiento de joven es a la vez magistral. Perito en lunas es ya sin duda un avance de lo que este magisterio puede suponer en el campo propio del aprendizaje poético.

Pronto iniciará los poemas de «El rayo que no cesa», conjunto que cuenta con la madurez propia de quién está ya preparado para enseñar. Quiero, en este punto, recordar una conversación con el poeta Jorge Guillén, en la que llegara a decirme que Miguel Hernández podía haber dado clase de poesía mejor que casi todos «nosotros», refiriéndose al grupo del 27.

Pero, además, es gratificante y emocionante comprobar como este cuerpo maestro del espíritu y la técnica poética, va completando y modelando sus miembros con el que es el más apreciado e imitado de los ejemplos hernandianos: me refiero a la actitud del hombre joven Miguel Hernández ante su situación y ante la propia situación social. No duda, para ello, en reconocer su error, entre otros, al escribir aquel «el trabajo es una escala para ver más cerca a Dios», cuando, en realidad, para el nuevo Miguel Hernández el trabajo llega a «ungir de carne de cementerio», o llega a ser, a través del sudor, «vestidura de oro para el trabajador». No duda, naturalmente, en proclamar su arrepentimiento de haber obrado al servicio de la «tontería católica». No duda, naturalmente, en proclamar, en veintisiete sonetos y otros tres poemas, la dulcedumbre del amor, el dardo doloroso de la muerte, el idilio de la amistad.

La obra poética de Miguel, que fue a la vez testimonio y premonición, abre, con los poemas de «El rayo que no cesa», una enérgica y caudalosa fuente de la que va a beber, sobre todo en nuestro país, una juventud necesitada no sólo de formalidades literarias, sino de ese vigor esperanzador que da el conocimiento, a través de una obra, de la honestidad venga de quien venga.

En «Viento del pueblo» este magisterio a la juventud se decanta definitivamente hacia la vitalidad, hacia la esperanza y hacia el elemento, hacia la actitud más efectiva para el avance del ser humano: hacia la lucha.

Y es aquí, en estos libros, y a esta altura de la experiencia de Miguel Hernández, donde la madurez y el convencimiento del poeta y del hombre dan a cuanto escribe y hace un destino definitivo. Es por ello que, aunque personalmente a veces sienta que va a su juventud «como la luna a la aldea», el espíritu ejemplar, la vocación definitiva están claramente contenidos en «Nuestra juventud nunca muere», porque los jóvenes están sólo caídos como «postrados titanes» y son «Héroes a borbotones» que «no han conocido el rostro de la derrota».

No puede darse más claridad en el mensaje de esperanza en la juventud, no puede darse más claridad, salvo que se escriba, salvo que se actúe con la razón, la pasión y la poesía luminosa contenidas en «Llamo a la juventud».

Los quince y los dieciocho,
los dieciocho y los veinte...
Me voy a cumplir los años
al fuego que me requiere,
y si resuena mi hora
antes de los doce meses,
los cumpliré bajo la tierra.
Yo trato que de mi queden
una memoria de sol
y un sonido de valiente.

Una vez más premonitoria, nos lleva esta parte de su obra a lo que será su «Eterna juventud», la «memoria de sol» coincide plenamente con el «rayo eterno» de sol que vencerá a la sombra en el que se dice su último poema (¿cómo saberlo?).

Sin duda aquel dinamismo que en los años de Oleza transmitía a sus jóvenes amigos de la tahona, abre otros cauces en la defensa de la dignidad humana. Y una vez más testimonial, aviva su voz, recia, segura y magistral:

> La juventud siempre empuja,
> la juventud siempre vence,
> y la salvación de España
> de su juventud depende.

En viento del pueblo, la luminaria juvenil del amor, la pasión en tantas ocasiones inocente e ingenua, del amor, se reviste de energía física, de ideal colectivo, de coraje de raza:

> ¿Quién habló de echar un yugo
> sobre el cuello de esta raza?
>
> Juventud solar de España:
> que pase el tiempo y se quede
> con un murmullo de huesos
> heroicos en su corriente.

Miguel Hernández reposó siempre, cada día y cada noche, sobre una mullida almohada de ilusiones y un duro colchón de rebeldías. Sintió la mordedura profunda de la injusticia y el espíritu joven fue su mejor antídoto. En «Los hombres viejos» se desangra de rabia, construye todo un sumario de la vejez del espíritu, hasta que resuena, como una nueva exaltación de la fuerza dinamizadora de la rebeldía contra el dolor de lo injusto, la advertencia:

> Porque, sabed: llevamos mucha verdad metida
> dentro del corazón, sangrando por la boca,
> y os vencerá la férrea juventud de la vida;
> pues para tanta fuerza tanta maldad es poca.
>
> La juventud, motores, ímpetus a raudales,
> contra vosotros, viejos exhombres, plena llueve.

No perdona el acecho del hombre por el hombre y descarga en la perniciosa pasividad de la vejez espiritual sus más airados repudios. Con el verso final del libro reclama la esperanza. No se siente agotado, pero su interior transita otras realidades. Se está fraguando, con sereno cincelar, con mesurado caminar, la juventud eterna, la que reafirmará al Miguel Hernández que conocemos: sutil y niño ante el amor como esposo y padre, audaz en sus luchas internas y externas, firme en sus convicciones, coronado de esperanza. En «El hombre acecha» ha desbordado su ánimo animal, como el de cualquier ser humano, sobre todo como el de cualquier ser involucrado en el vertiginoso horror de una guerra fratricida.

En el «Cancionero y Romancero de Ausencias» hace un repaso de cuantas circunstancias y protagonistas pueden reconocerse en su propia circunstancia y protagonismo. Sigue siendo joven, sigue sintiéndose joven, pero entre los barrotes, en las cárceles que «se tragan a un hombre» todo puede llegar a contraerse o todo a fragmentarse, también, por qué no, la rebeldía y la serena complacencia ante el destino.

Miguel no está hecho para el letargo. Desconozco el tono de esta nueva rebeldía pero a tenor del marco en el que se desenvuelve, debió ser un sereno lamento más que

dar al viento libre allende los muros carcelarios. Me refiero a la más clara de las alusiones a la juventud del «Cancionero...»:

«La vejez en los pueblos,
el corazón sin dueño.
El amor sin objeto.
La hierba, el polvo, el cuervo.
¿Y la juventud?
En el ataúd.

No puede tener más tono agónico esta expresión. Agónico y desesperanzador. Un tono y una esencia que son afirmados entre la ternura de uno de los poemas más conocidos de Miguel Hernández, «Las nanas de la cebolla», cuando escribe:

Desperté de ser niño,
nunca despiertes.

Fuera de la inocencia del niño todo es oscuro. La juventud está ahora en el ataúd. Pero Miguel busca una salida, es consciente pero no resignado. Desgraciadamente, como dije, la eterna juventud le llegaría con galas de muerte joven. Durante esta etapa, serenidad, claridad trágica, desesperanza y ausencia se unen para forzar al poeta a la búsqueda:

Carne sin norte que va en oleada
hacia la noche siniestra, baldía.
¿Quién es el rayo de sol que la invada?
Busco. No encuentro ni rastro del día.

Al fin diría al compañero de celda que le cuidaba algo tan elocuente, tan revelador como: «sólo yo sé por donde va la procesión». Dicho esto pocas horas antes de morir, puede considerarse, tras la escritura del «Cancionero...», como un nuevo acto de serenidad y la proyección de sus versos:

Ante la muerte, sereno,
ante la vida, mayor.
Si me matan, bueno,
si vivo, mejor.

Y creo que sólo esta actitud de serenidad y las últimas versiones de su agonía, nos desvelan la respuesta de aquél:

Que me aconseje el mar
lo que tento que hacer:
si matar, si querer.

Su actitud y las que se dicen las últimas plabras, que, ciertas o no, sin duda sí estaban en el espíritu de Miguel:

Adiós camaradas, hermanos, amigos.
Despedidme del sol y de los trigos.

Temprano levantó la muerte el vuelo. Temprano saldría por la puerta trasera de la prisión de Alicante el ataúd con los huesos jóvenes de un hombre. Y a la vez, por esa misma puerta, salía al aire de la eternidad el espíritu y el mensaje joven de un poeta que, aunque hiciera también crónica de la muerte, vivió y escribió para dar vida, o mejor, ejemplo de vida.